
Derrida, una idea de la de(s)construcción y lo que las mujeres quieren

Salvador Mendiola Mejía.

1. UN PROBLEMA PARA LA ESCRITURA: interrelacionar la cosa Derrida con el feminismo radical¹. Leer en deriva «femenil» la(s) escritura(s) de Derri-

¹ Para lo que se quiere especificar con el adjetivo «radical», léanse, de Agnes Heller: *Teoría de las necesidades en Marx*, Barcelona 1978, Península; *La revolución de la vida cotidiana*, Barcelona 1979, Materiales; *Por una filosofía radical*, Barcelona 1981, El viejo topo; y *Para cambiar la vida* (entrevista de Ferdinando Adornato), Barcelona 1981, Crítica.

Mi posición personal ante el feminismo considera que este discurso constituye la vía más radical para encarar en serio la cuestión de la justicia. El discurso que critica el presente en tanto «varonil» en exceso nos ilumina una gran perspectiva para asumir el ejercicio libre de la(s) libertad(es) democrática(s). Nos sitúa, por ejemplo, afuera de «la política y lo político». Deja ver que la socialidad de la *polis*, «polis», significa, antes que nada, reunión de varones sin mujeres, reunión donde la mujer pertenece a la «hacienda», es sólo una cosa sin subjetividad. O sea, el discurso feminista hace ver que, para que haya la Política, es absolutamente necesario que no haya las mujeres, es decir, que se les escotomicen del hecho social, para poder utilizarlas como objeto de intercambio básico y, por tanto, como medio de dominación general. En la Política, el valor de cambio del cuerpo mujer lo determina su uso como fuerza de trabajo re-productor del orden establecido sobre la herencia y la avaricia varoniles («machistas»); el valor simbólico «Madre».

No se sabe todavía lo que son y pueden las mujeres, lo femenino. La sociedad política nos lo ha borrado de la mente. Y el discurso feminista radical trata de poner en cuestión ese olvido, que conlleva la posibilidad misma de toda in-justicia hacia el Otro. Actualmente una no-idea colectiva de lo femenino, sintetizada por el concepto y enunciado «Madre», impide ver y entender lo que sí es mujer de las mujeres. El feminismo, al atreverse a pensar lo interdicto de la diferencia sexual y preguntarse por el ser-ente de las mujeres, por lo femenino mismo, produce una plataforma de acción radicalmente emancipatoria, produce libido de diferencia, libido de libertad

da, ponerla(s) en juego de interpretaciones libertarias, para liberarnos de la hiancia o ruptura genérica² (sexual, sexuada), para buscar otra manera

² Sobre el enunciado castellano «género» y la(s) «diferencia(s) genérica(s)»...

Esta palabra y sus juegos (Wittgenstein) se hallan cada vez más en uso dentro de nuestra teoría feminista. El término ha sido tomado del discurso feminista anglo-sajón (*gender*), donde ha adquirido gran importancia crítica, pues deja pensar las actuales diferencias simbólico-sociales existentes entre varón y mujer como algo que no tiene nada de «natural», ni de neutral, sino que es una imposición violenta contra las mujeres, una in-justicia impuesta por el orden egoísta, avaricioso y bélico de los varones para obtener (triple) plusvalía de las mujeres.

Pero, ojo, tal enunciado no tiene en castellano las mismas connotaciones sexuales o sexuadas del inglés. De ahí que convenga tratar de ilustrar todavía con más detalle su recepción dentro de nuestra teoría, haciendo notar lo que (sí) deja pensar de inmediato en el contexto inglés y que permanece oculto (¿inconsciente?!) en el castellano.

de entender la diferencia. Tomar las «posiciones» más extremas del encuadre «de(s)constructor»³ derridano para diseminarnos, así, en/por el injerto de la pregunta: *¿qué es lo que las mujeres quieren?*

³ Exacto. Ni se dude. Quien ya está dentro de la hermenéutica salvaje de Derrida entenderá el chiste (y su relación con el inconsciente) activado por medio de ese enunciado. Aquí, dentro de lo subterráneo de las notas al pie, para lecturas todavía no «iniciadas», hago un bosquejo analítico...

La de(s)construcción, muy expresamente («Carta a un amigo japonés», *Psyché*, 1987; *Memorias para Paul de Man*, 1989), «no es» un sistema, ni un método, ni una crítica de los sistemas o de los métodos o de ambas cosas. Propone que el sentido de pensar ocurre como síntesis de filosofía y literatura, como escritura que se emancipa de fronteras, escritura que se derrama por los márgenes de lo todavía sin nombre que sólo puede apuntar el enunciado «archiescritura».

En su valiosa introducción a *La desconstrucción en las fronteras de la filosofía* (1989), Patricio Peñalver escribe: «La desconstrucción irrumpe en un pensamiento de la escritura, como una escritura de la escritura, que por lo pronto obliga a otra lectura: no ya imantada a la comprensión hermenéutica del sentido que quiere-decir un discurso, sino atenta a la cara oculta de éste —y en el límite, a su fondo de ilegibilidad y de deseo de idioma—, a las fuerzas no intencionales inscritas en los sistemas significantes de un discurso que hacen de éste propiamente un «texto», es decir, algo que por su propia naturaleza o por su propia ley se resiste a ser comprendido como expresión de un sentido, o que más bien «expone» éste como efecto —y con su legalidad y necesidad específica— de una ilusión para la conciencia. (...) Desconstruir parece significar ante todo: desestructurar o descomponer, incluso dislocar las estructuras que sostienen la arquitectura conceptual de un determinado sistema o de una secuencia histórica; también, desedimentar los estratos de sentido que ocultan la constitución genética de un proceso significativo bajo la objetividad constituida y, en suma, solicitar o inquietar, haciendo temblar su suelo, la herencia no-pensada de la tradición metafísica.»

Quienes originalmente intensificaron el valor de la de(s)construcción derridana fueron los críticos e intérpretes de sus escritos, pero desde hace algún tiempo él, para controlar hasta donde le es dable su resonancia, lo ha comenzado a valorar positivamente como deíctico del contenido «radical» que desea comunicar su escritura: des-construir sin destruir el espejismo de la binariedad; reconocer que lo accionado con la hiperestructura identidad/diferencia es «en esencia» múltiple, más que ambivalente, algo de veras «diferente» todo el tiempo.

Desde el reconocimiento autoconsciente de ese hecho, del efecto mental neurotizante que provoca la escisión sexual genérica, la de(s)construcción vuelve a ser la activación de una escritura teórica con voluntad literaria libre, con imaginario radical, escritura que se está proyectando en la emancipación total del espejismo mental que valida al sujeto falogocéntrico. Pensar para ser libres en común significa, de inmediato, desconstruir lo que nos dificulta comunicarnos sin conflictos artificiales («simbólicos», no sustanciales): sin predominio del egoísmo, la avaricia y el Estado en nuestras existencias.

Para el feminismo, la propuesta Derrida re-conoce e ilustra la cosa de las «tecnologías de género». Algo que puede ser denominado Orden Simbólico Falogocéntrico: impuesto por encima de la diferencia sexual. A través de un efecto de amnesia y anestesia de la libido (que no es del varón), *actualmente se nos impone* (y aceptamos por servidumbre voluntaria) una *diferencia genérica «esencial»: varón/mujer* (que favorece al varón). Tal diferencia «abstracta», no real, debe ser *desconstruida*, transfigurada por medio un necesario «olvido», «corte» o «suspensión» racional de todo lo en esa dirección escindido «genéricamente» entre los sexos.

2. LA(S) ESCRITURA(S) «DERRIDA» ABRE(N) OTRA MODALIDAD DE SEGUIR RADICALIZANDO LA CAUSA LIBERTARIA DE LAS MUJERES. Abre(n) una posibilidad «diferente» de preguntar por su querer; es decir, al reconocer que la libido no es sustancialmente varonil, la diferencia sexual que favorece al varón es innecesaria, y por ello injusta para las mujeres, las mujeres no quieren lo que los varones quieren que quieran las mujeres (y, a la larga, eso significa que los hombres tampoco quieren querer lo que quieren que las mujeres quieran). Una de las tareas de la teoría feminista radical consiste en mostrar de manera irónica, hiper-crítica, analéctica⁴, el absurdo en que se funda la resolución actual (varonilizada, maternalizada) de la libido de las mujeres, impuesta a la fuerza por el no-discurso falogocéntrico varonil sobre el deber ser del «deseo».

3. CIERTA ZONA DEL DISCURSO DE LA DE(S)CONSTRUCCIÓN DERRIDANA DEJA ENTENDER MEJOR LA FORMACIÓN SOCIAL QUE REPRIME CON LA ACCIÓN DEL «PHALOS» LA LIBIDO EN LAS MUJERES. Critica, con su olvido, la forma en que se imponen inconscientemente, como en sueños, estas «tecnologías enajenantes del género» que nos escinden, no en mujeres y varones, sino en «masculino y femenino»; es decir, la de(s)construcción, en tanto juego *sobre* la diferencia sexual, deja pensar por afuera la cuestión de la libido falogocéntrica, deja pensarla sin tener que relacionarla con la des-economía irracional que favorece y privilegia de manera aberrante las características masculinas y masculinizantes sobre las femeninas y feminizantes. Hay lecturas de Derrida que nos dejan salir al *afuera*, situarnos en algo que, por darle algún nombre inmediato, podemos llamar «paralluvias»: superación (*Aufhebung*, Hegel) del concepto varonil de «phalos» como *centro* para determinar (favoreciendo al varón) la situación social de los sexos/géneros... Paralluvias, meta-juego gráfico, verbal... decir lo no-dicho, lo interdicto... ello mujer(es): su diferencia material, que debe ser pensada críticamente desde su(s) experiencia(s) particular(es), autoconciencia, y su diferencia ideal, que debe ser transgredida racionalmente (y, ojo, no racional-ista ni racional-izante-mente), para identificar lo mujer que hay en todos nosotros... Paralluvias, y no se diga más todavía.

4. DES(C)ONSTRUCCION NO SIGNIFICA, en modo alguno, mera aniquilación o sustitución con vistas a una nueva restitución (el bla bla bla de

⁴ Léase de Enrique Dussell, *Método para una filosofía de la liberación*, Salamanca 1974, Agora.

la tesis y la antítesis y la síntesis y el regreso de la tesis...); sino que propone mostrar, curar y olvidar el error radical que supone toda voluntad (*ideal*) de método o sistema. Rechaza cualquier tipo de centralidad, de fijeza, al mismo tiempo que toda bi-partición tajante, maniquea. Borra la falsa diferencia entre filosofía («realidad») y literatura («ficción»); sostiene que: *la filosofía no es más que un género literario y la literatura es siempre una reflexión sobre el sentido, una reflexión sobre el «ser» de la(s) intersubjetividad(es)*. Derrida es, entonces, y en tanto, posibilidad escrita de superar la escisión genérica falogocéntrica, un poeta (productor de metáforas) del pensar y un pensador de la esencia de la poesía (producción de metáforas), un escritor salvaje que pone en entredicho⁵ el sistema dicotómico en que se funda el orden simbólico⁶ imperante a la fuerza (servidumbre voluntaria⁷); en realidad éste es un «no-orden» o «ningún orden», pues necesita la *crisis* para «estar ahí», porque todo se presenta escindido, en conflicto entre dos bandos, columnas o partes, para la conciencia del sujeto, y siempre se comienza y termina por privilegiar «inconscientemente» a sólo una parte (la varonil, phallos) sobre la otra (femenil, paralluvias): *verdad/mentira, bueno/malo, presencia/ausencia, inteligible/sensible, uno/cero, bello/feo, gobernante/gobernado, presente/pasado-futuro, interior/exterior, adentro/afuera, significado/significante, intelectual/manual, burgués/proletario, pensar-hablar/escribir, sacerdote/feligrés, realidad/ficción, hombre/mujer, partido/masa...* Al «sentido» de tal escisión, se debe la presencia del «falogocentrismo»; des-cifrarlo o, mejor dicho, de(s)construir-lo nos abre una plataforma de posiciones feministas para la inmediata acción libertaria contemporánea.

5. DESDE LA PLURAL Y COMPLEJA PERSPECTIVA DE LA DISEMINACION DERRIDANA, a la Metafísica Occidental —construida sobre la renegación o comprobación de la ausencia de Dios, la Naturaleza y la Ley— la configura y sobretermina el juego de poderes (amo/siervo, Hegel) que

⁵ Como también Georges Bataille, Pierre Klossowski, Simone de Beauvoir, Monique Lange...

⁶ Léanse: de Jacques Lacan, *Escritos 1 y 2*, México 1971 y 1975, Siglo XXI; de Nestor A. Braunstein, «Las pulsiones y la muerte (Collage)», en: varios autores, *La reflexión de los conceptos de Freud en la obra de Lacan*, México 1983, Siglo XXI; y de Michel Foucault, *Vigilar y castigar (nacimiento de la prisión)*, México 1976, Siglo XXI; *Microfísica del poder*, Madrid 1979, La Piqueta; e *Historia de la sexualidad 1, 2 y 3*, México 1977, 1986 y 1987, Siglo XXI.

⁷ Léase: Etienne de La Boétie, *El discurso de la servidumbre voluntaria*, Barcelona 1980, Tusquets.

provoca la diferencia sexual impuesta por el Orden Simbólico Falogocéntrico, de ahí habrán de imponerse las diferencias de clase y las diferencias del individuo ante los aparatos del Estado. El Orden Simbólico Falogocéntrico, que vuelve posible la sociedad de la «servidumbre voluntaria», es un dispositivo social (*Gestell*, Heidegger) que tiene por objeto proteger y favorecer a la fuerza (sin razón) las posiciones «privilegiadas», siempre irracionales, del varón, el kapitalista y el Estado; es el dispositivo *consciente/inconsciente* con que la socialidad varonil es impuesta (tanto a varones como a mujeres) por medio de la «fuerza bruta», y que, por y para controlar y organizar el sentido de las instituciones, se pseudolegitima presentándose como inquisidor por parte de «la ciencia» (racionalidad instrumental administrativa); aunque en los hechos se impone como simple y brutal violencia tecnócrata contra las libertades de las personas mortales. La reflexión que convoca la de(s)construcción derridana real(i)za tal situación: critica los impulsos represivos, explotadores y dominantes de la familia monogámica, la propiedad privada y el Estado representativo o corporativo.

6. LA DE(S)CONSTRUCCION, en tanto proyecto emancipatorio, demanda de las mujeres que, a fin de liberarse y liberarnos del falogocentrismo, *lean (la totalidad de la cultura contemporánea) exactamente como mujeres*. Hace notar que la actual condición de mujer es algo producido simbólicamente, algo que sirve para explotar a quienes la asumen, o, más bien, a quienes les es impuesta; y por el otro lado, que el «ser» mujer es también algo que todavía debe crearse o llegar a ser efectivamente alcanzado, algo que todavía debe ser elegido libre y conscientemente, pues consiste en experimentar la libertad como cuerpo de mujer libre. Por ello, leer como mujer no es simplemente una posición teórica, dado que refiere a una identidad sexual («género femenino») definida como esencial y privilegia las experiencias asociadas con esa identidad. Leer como mujer es evitar leer como varón, identificar las defensas y distorsiones específicas de las lecturas masculinas y proveer correctivos. Leer como mujer es leer *probamente*, es decir, con plena honradez en el proceder, evitando intencionalmente las posiciones individualistas e individualizantes, tal como lo ha demandado Nietzsche: no reprimir ni callarse jamás una objeción que pueda hacerse al propio pensamiento. Porque lo que se desea de(s)construir es el Ego falogocéntrico, la «realidad» de la escisión, el sostén del egoísmo, la avaricia y la belicosidad. Reconocer que el yo es solamente

una cortesía gramatical; lo definitivo sólo emerge como conversación, como actividad comunitaria, como acuerdo dia-lógico⁸.

7. ¿POR QUE HAY QUE PENSAR EN LO QUE LAS MUJERES QUIEREN? Para llegar a poner de veras en entredicho la situación social que las convierte actualmente en objeto de represión, explotación y dominio (figuras sustancial-es para la implantación del Orden Simbólico Falogocéntrico; o sea, porque actualmente a las mujeres se les obliga a desear lo que no quieren. Actualmente el género masculino obtiene «plusvalía» inconsciente de la situación femenina (servidumbre voluntaria). Mientras, en términos generales, el varón cumple con una sola jornada de trabajo, la mujer cumple con tres (la de cualquier persona asalariada, la del cuidado del hogar o de la reproducción cotidiana de la fuerza de trabajo, y la de la procreación o reproducción concreta de la fuerza de trabajo).

8. LAS MUJERES, ya según mi⁹ aplicación de Derrida a la teoría feminista, para implementar su liberación de «lo falogocéntrico», deben revisar de(s)construccionamente las funciones que realizan básicamente en tanto *madre(s)*. Con estas funciones actúan como reproductoras ciegas del orden simbólico varonil. La función «madre», tal como actualmente se ejerce, es el dispositivo fundamental para sostener y recrear lo específicamente falogocéntrico; es, de hecho, el medio por el cual se ejerce la acción efectiva de la «mano invisible» del Padre, del Patrón y de la Patria¹⁰, es decir, de la ley de la herencia fálica, mercantil y bélica con que se rigen nuestras actuales formaciones sociales. Ser «madre» consiste, desde esta situación, en el ocultamiento de la identidad real de las

⁸ Léanse: de Johnatan Culler, *Sobre la deconstrucción*, Madrid 1984, Cátedra; de Jürgen Habermas, *Conciencia moral y acción comunicativa*, Barcelona 1985, Península; y, mejor, de Teresa de Lauretis, *Technologies of Gender*, Bloomington e Indianápolis 1987, Indiana University.

⁹ Considero sustancial dentro del discurso feminista radical contemporáneo el ejercicio autoconsciente y autoconscientizante de la escritura. Parece una medida necesaria para des-conectar nuestra identidad de la marca «phálica», pues hace mirar y oír de otra manera nuestro pensamiento, que considerábamos invisible y mudo. La escritura materializa la autoconciencia, algo fundamental para experimentar el ser de las mujeres: la posibilidad de una conciencia no herida por la mentira.

Escribir, entonces, es una práctica radical de feminismo. El acto en sí trasciende todo marco teórico, impulsa, más bien, hacia un estado muy intenso de comunicación. Ahí/allí... aquí... donde nos encontramos adentro/afuera de la externalización de mi persona pensante. Y esas cosas. La literatura Otra. Nuevo relato.

¹⁰ Eso que ciertas corrientes del psicoanálisis presentan como «El Nombre del Padre». Precisamente el hecho de que la libido, en estrecha relación con el término «phalos», sea reductible en última instancia a la fuerza del deseo masculino (cierto Freud).

mujeres; en hacerles olvidar qué es lo que quieren, para imponerles, a ciegas, inconscientemente, el «deseo» (falso) de lo que no tienen: el deseo del phallos como deseo del hijo, la situación reprimida/represora, explotada/explotadora, dominada/dominadora de la madre como re-presentación del orden del Padre.

9. SER «MADRES» ES «NO-SER» MUJERES SINO RE-PRESENTACIONES DEL PADRE, imponerse un modelo fantasmático de identificación a la larga contraproducente; una función que «despersonaliza», un vacío que roba identidad. Por su estructura psíquica contemporánea, la única posición válida para la función «madre» es la de satisfacer el deseo del padre: procrear y educar a los hijos de él, someterlos a su Nombre. La crítica de la *función madre falogocéntrica* explica la cosa simbólica de ser madre¹¹ como un problema sustancial para la emancipación de lo femenino de las mujeres, como una función que les roba libertad(es). En tanto «función» social o símbolo, la madre sólo tiene sentido si se «vacía materialmente de sí misma» y se deja «llenar vicariamente» por el padre, que es quien le da sentido como tal, quien la hace completa en tanto madre.

10. EL DESEO DEL VARON ES NETAMENTE NARCISISTA (la propiedad del pene programa su economía libidinal). Se desea a sí mismo por lo que comunica en tanto «poseedor simbólico universal» de(l) phallos; en las mujeres desea que lo deseen como tal, es decir, como propietario de un pene y potencial productor de hijos. Mientras que el deseo de la mujer es de otro tipo, pues no se desea a sí misma, ni nada suyo, sino que se le obliga a desear también lo que no tiene y que sólo puede tener con la presencia del hombre. O sea, si se entiende el phallos como el *significante* (Lacan) de «la falta que organiza el deseo», la sociedad falogocéntrica establece (sin razón) que tal falta es «artificial» (castración) para el varón y «natural» (?) para la mujer, o sea, que ésta debe «hacerse naturalmente bolas» con su pene suscedáneo: el clítoris (cierto Freud). Tal mecanismo sostiene el sometimiento de las mujeres al (des)orden de los varones, y es precisamente la madre quien, con el papel que se le obliga a jugar en el complejo de Edipo, lo transmite a los hijos (varones y mujeres).

11. TODOS LOS DISPOSITIVOS FORMADORES DE LA ACTUAL CONCIENCIA DE LAS MUJERES PREDISPONEN SU COMPORTAMIENTO HACIA LA MATERNIDAD

¹¹ No la maternidad biológica. Es decir, lo que despersonaliza a las mujeres y les oblitera su deseo no es que sean el medio para realizar en sí la reproducción de la especie, sino las formas («tecnologías de género») en que la(s) sociedad(es) actual(es) la(s) obliga(n) a efectuar de modo «enajenado-enajenante» ese trabajo trascendental.

COMO SERVIDUMBRE VOLUNTARIA EN FAVOR DEL PADRE. La conciencia de las mujeres, estructurada dentro de la imposición de lo que se conoce como «envidia del pene», está fundada o sostenida únicamente por una falsa carencia, por la idea de estar sustancialmente castradas. Para poder llegar a ser alguien «real» dentro de este (des)orden falogocéntrico, las mujeres deben llegar a tener lo que no tienen, tienen que valorarse produciendo un sustituto del phallos, realizar algo que las saca de sí mismas: primero «tener» un marido, para luego «tener» un hijo y así llegar a «tener» valor social (y nunca dejar de ser propiedad del Padre).

12. LA MATERNIDAD CON CARACTERISTICA FALOGOCENTRICA ES UN ESPEJISMO BRUTAL, un aparato ideológico de Estado. Mientras todo favorece el narcisismo del hombre, que imagina su objeto a partir de su propio cuerpo, a partir del «narcisismo pseudonatural» del pene, desde donde economiza a favor del phallos el deseo de la madre, su ingreso en el Edipo; todo impide un narcisismo equivalente de las mujeres, pues, teniendo como modelo presente a la madre, éstas tienen que aprender a no desear a las mujeres, deben desear «en ausencia» un cuerpo totalmente inventado, el del varón.

13. EL FETICHISMO ES LA EXPRESION ABIERTA DE TAL SITUACION INJUSTA. «Fetichismo» es la producción simbólico-imaginaria del phallos de la madre, es decir, cuando el niño ve que las mujeres no son como él, las cree «incompletas» y no «diferentes»; para «completarlas», produce el fetichismo (de alguna manera otra vez él, el hijo de la madre) y así evita todo intento de reconocimiento de su alteridad. Y parece que algo inverso sucede con las niñas, en el Edipo se reconocen (generalmente de modo inconsciente) como «castradas», cosa que tendrán que resolver pidiéndole al hombre que les dé lo que les falta. De ahí que el proceso general de la cultura actualmente imperante consista básicamente en «ocultar» con la maternidad, para hacer «notoria», esa falsa carencia de las mujeres; todas las «cosas» aparecen como sustitutos simbólicos del phallos que «la previsora naturaleza» (Freud) no les quiso dar a ellas para ponerlas a disposición del deseo de los varones (que, por el Edipo, no las desean a ellas en tanto mujeres, sino como representantes de la función madre, como medio para re-producir el hijo). A la larga, este mecanismo deja entender que no todos los varones tienen un phallos eficaz; los auténticos poseedores de este atributo de poder serán quienes al mismo tiempo «posean» mujeres, capitales y poderes políticos como su propiedad privada; todos los demás varones están en algún sentido castrados, ya que sólo pueden poseer,

cuando mucho, una esposa, un salario y unos cuantos derechos y un sin fin de deberes civiles. A la mujer es a quien peor le va con esta estructura social: sólo negando lo que puede ser y convirtiéndose un poquito en varón voluntariamente servil al deseo del varón puede acceder a situaciones privilegiadas por la sociedad.

14. ¿COMO SE REALIZA EL DESEO DE LA MADRE FALOGOCENTRICA? En tanto «madre», como ya se señaló, es únicamente el «representante», el «espejo» del padre. Un espejo muy especial, pues conserva la imagen de éste cuando no está presente. Su tarea no es ser sí misma, sino el «ojo» omnisciente del padre. No cuida a «sus» hijos, sino a los del padre. No educa según «su» orden simbólico, sino según el del varón. Es el modelo base para todas las instituciones represoras, explotadoras y dominadoras de la personalidad: la escuela, el hospital, la cárcel, el manicomio... Y lo en verdad terrible es que realiza tal tarea creyéndola un acto amoroso; por tanto, es el origen y meta de la «servidumbre voluntaria». Mientras el hombre desea ser cualquier cosa y sólo al final, ya para heredar, ser padre, a la mujer lo primero que *se le obliga a desear es ser madre*¹² y sólo después puede desear ser otras cosas. Por tanto, buena parte, si no es que de plano toda la vida de las mujeres está regulada por el «deseo» de ser madre; deseo impuesto por el padre y no por la propia libido. O sea, *las mujeres actuales están obligadas a desear con libido prestada* o, mejor dicho, *desean con libido enajenada*.¹³ En vez de tener una personalidad auténtica, son un «reflejo» de la masculina.

15. LO MAS LIBERTARIO EN EL MOMENTO PRESENTE CONSISTE EN INVESTIGAR QUE ES LO QUE LAS MUJERES QUIEREN (que no sea ser o no ser madre).

16. EMANCIPADAS DE LO FALOGOCENTRICO, su deseo no puede ser el falos (simbólica padre/hijo), sino otra cosa, algo que las deje ser sí mismas, realmente diferentes. Y eso que sí desean, lo que los varones les han robado para plusvaluar la ley de la herencia mercantil, tiene más que ver con el amor neoplatónico que con la sexualidad postfreudiana. Se

¹² Léanse, de Christiane Olivier, *Los hijos de Yocasta (La huella de la madre)*, México 1984, F.C.E.; de E. Badinter, *¿Existe el amor maternal? (Historia del amor maternal. Siglos XVII al XX)*, Barcelona 1981, Paidós/Pomare; y de Françoise Dolto, *Sexualidad femenina (Libido, erotismo, frigidéz)*, Barcelona 1984, Paidós.

¹³ Aun en el caso de las lesbianas, como en el de los homosexuales, se está deseando según la normatividad irracional del Orden Simbólico Falogocéntrico. Pues se está aceptando de todas maneras el modelo binario, que sólo acepta un sexo, el ajeno o el propio, como objeto; y deja interdicta la polimorfía.

puede decir que lo que se les ha quitado a la fuerza es precisamente el amor; robando el amor según el deseo de las mujeres y alejándolo de la realidad ha sido factible construir este mundo contemporáneo donde rige la avaricia generalizada.

17. EN TODO ELLO NOS DEJA PENSAR, por ejemplo, la escritura Derrida, que funda su radicalidad ubicándose más allá de los círculos, elipses y nudos todavía falogocéntricos del psicoanálisis, la semiótica y la hermenéutica. También debido a ello será «lenta» la plena recepción de sus textos, porque demanda «cambios» inmediatos en la conducta cotidiana. Uno de ellos, muy importante, es comenzar a olvidar los espejismos de la política, que de hecho es la fachada del desorden que pseudolegitima todavía las no-leyes del padre, el patrón y la patria.¹⁴

18. TOTAL. No hay conclusión; pero aquí, de alguna forma, la habrá. Para esta interpretación aberrante de lo que las mujeres quieren... para esta interpretación bizarra, hecha por un varón para efectuar la crítica de lo varonil en la función de madre o maternidad contemporánea... para hacer con esa «crítica», con esta exposición de márgenes... teoría feminista... en sí lo que las mujeres quieren, para mí texto, entonces, es... tiene que ser... algo todavía innombrable, algo que todavía se expresa únicamente como silencio...

19. EXISTE, sin embargo, una diferencia esencial, que, como ya lo han señalado las teóricas radicales, consiste precisamente en lo que el feminismo defiende de las mujeres; una diferencia para mí por completo insalvable, un hiato infranqueable, imposible de llenar, que se tiene que hacer claramente manifiesto en este silencio donde ya sólo como «espejismo», como engima o charada para la memoria femenil liberadora, resuenan palabras... por lo visto, ya no de varón. Silencio donde el amor deja guardar la esperanza de una alegre conversación femenil.

20. ¡BIENAVENTURADA SEA ELLA QUE LLEVA EL CARRO DEL SOL! Por eso aquí, de alguna manera, como se dice, ha terminado la exposición...

¹⁴ Mínima bibliografía para jugar con la cosa Derrida y la de(s)construcción del orden simbólico falogocéntrico: *De la gramatología*, Buenos Aires 1971, Siglo XXI; *La diseminación*, Madrid 1975, Fundamentos; *Espolones. Los estilos de Nietzsche*, Valencia 1981, Pre-textos; *La escritura y la diferencia*, Barcelona 1989, Anthropos; *Márgenes de la filosofía*, Madrid 1988, Cátedra; *Posiciones*, Valencia 1977, Pre-textos; y *La tarjeta postal. De Freud a Lacan y más allá*, México 1986, Siglo XXI —nota: en la edición castellana este libro ha sido brutalmente mutilado; le faltan el discurso sobre el amor, poco más de la mitad del texto francés original y las tarjetas postales, y el subtítulo original de la edición Flammarion, París 1980, es «de Sócrates a Freud y más allá»—; y *Memorias para Paul de Man*, Barcelona 1989, Gedisa.

Ahora, al fin, sin angustia, sin remordimiento, para que haya lo que las mujeres quieren, calla mi voz...

21. «PARA QUE EL ACTO DE ENGENDRAR SEA VERDADERAMENTE UNA IMITACION DE LA CREACION DIVINA, tendría que ser un acto de generosidad y no de deseo. Que el hombre, habiendo perfectamente conquistado la castidad y teniendo la experiencia de su valor, tranquilo en esta posesión, renuncie de una vez a una parcela de energía supravital a fin de que otro ser sea. E igualmente con la mujer. / El amor paterno y materno sería entonces generosidad pura, y el reconocimiento filial tendría razón de ser. [...] / A falta de esto, hay en toda familia un pecado original... La condición espiritual de los padres en el momento de la concepción debe de tener más importancia para las disposiciones congénitas de un ser humano que la situación de los astros en el momento del nacimiento.» Simone Weil.¹⁵

¹⁵ Citada, de sus *Cahiers* III (París 1974, Plon, p.257), en *Simone Weil. Profesión de fe*, antología crítica traducida, seleccionada e introducida por S. Ma. de J. Valls, México 1990, Molinos de viento, p. 145.